



ASIMOV

**SEGUNDA
FUNDACIÓN**

El Mulo, mutante que no figuraba en las ecuaciones de Hari Seldon, ha tenido conocimiento de la existencia de una Segunda Fundación, totalmente secreta y cuyo emplazamiento es desconocido incluso para los dirigentes de la primera. Tanto ellos como el Mulo tratarán de localizarla para destruirla.

A Marcia, John y Stan

PRÓLOGO

El Primer Imperio Galáctico se prolongó durante decenas de miles de años. Había incluido todos los Planetas de la Galaxia en un gobierno centralizado, unas veces tiránico, otras benevolente, pero siempre ordenado. Los seres humanos habían olvidado que pudiera existir otra forma de existencia.

Todos, menos Hari Seldon.

Hari Seldon fue el último gran científico del Primer Imperio. Fue él quien llevó la ciencia de la psicohistoria a su desarrollo completo. La psicohistoria era la quintaesencia de la sociología; era la ciencia de la conducta humana reducida a ecuaciones matemáticas.

El ser humano individual actúa de modo imprevisible, pero, según descubrió Seldon, las reacciones de las masas humanas podían ser tratadas estadísticamente. Cuanto mayor es la masa, mayor es la exactitud de la predicción. Y el volumen de las masas con que trabajó Seldon fue nada menos que el de la población completa de la Galaxia, que en su tiempo se calculaba en trillones de personas.

Así pues, fue Seldon quien previó, contra todo sentido común y creencia popular, que el brillante Imperio que parecía tan fuerte se hallaba en un estado de irremediable decadencia. Previo (o resolvió sus ecuaciones e interpretó sus símbolos, lo cual equivale a lo mismo) que la Galaxia, si no recibía ayuda, pasaría por un período de treinta mil años de miseria, anarquía y barbarie antes de que una forma de gobierno unificado apareciese de nuevo.

Se dispuso a remediar la situación de forma que la paz y la civilización se restaurasen en un solo milenio. Cuidadosamente, estableció dos colonias de científicos a las que llamó «Fundaciones». Las colocó deliberadamente «en extremos opuestos de la Galaxia». Una Fundación fue instituida con conocimiento de todos y amplia publicidad. La existencia de la otra, la Segunda Fundación, fue sumida en el silencio.

En *Fundación* y *Fundación e Imperio* se describen los tres primeros siglos de la historia de la Primera Fundación. Empezó como una pequeña comunidad de enciclopedistas perdida en el vacío de la periferia exterior de la Galaxia. Periódicamente se enfrentaba a una crisis derivada de las relaciones humanas y las corrientes sociales y económicas de la época. Su libertad de movimientos se desarrollaba a lo largo de una línea determinada y sólo en ella, y cuando se movía en aquella dirección, un nuevo horizonte de desarrollo se abría ante ella. Todo había sido planeado por Hari Seldon, fallecido hacía ya mucho tiempo.

La Primera Fundación, con su ciencia superior, se apoderó de los planetas bárbaros que la rodeaban. Se enfrentó a los anárquicos señores guerreros que se separaron del Imperio moribundo, y los derrotó. Se enfrentó a los restos del propio Imperio, gobernados por su último y poderoso emperador y su también último general, y los derrotó.

Entonces se enfrentó a algo que Hari Seldon no había podido prever: el poder arrobador de un solo ser, un mutante. El ser conocido como el Mulo nació con la facultad de moldear las emociones y las mentes de los hombres. Sus más acérrimos adversarios se convirtieron en sus fieles servidores. Los ejércitos no podían, *no querían*, luchar contra él. Frente a él, la Primera Fundación cayó, y los planes de Seldon fracasaron parcialmente.

Quedaba la misteriosa Segunda Fundación, objetivo de todas las búsquedas. El Mulo tenía que encontrarla para completar su conquista de la Galaxia. Los fieles que sobre-

vivieron a la Primera Fundación tenían que encontrarla por una razón completamente distinta. Pero ¿dónde estaba? Eso no lo sabía nadie.

Ésta, pues, es la historia de la búsqueda de la Segunda Fundación.

Primera parte

EL MULO INICIA LA BÚSQUEDA

1. Dos hombres y el Mulo

EL MULO.— Después de la caída de la Primera Fundación, los aspectos constructivos del régimen del Mulo tomaron forma. Tras el hundimiento definitivo del Primer Imperio Galáctico, fue él quien introdujo en la historia un volumen de espacio unificado verdaderamente imperial en extensión. El antiguo imperio comercial de la Fundación caída había sido multiforme y débilmente hilvanado, pese al apoyo intangible de las predicciones de la psichistoria. No podía compararse a la férreamente controlada Unión de Mundos bajo el mando del Mulo, que comprendía una décima parte del volumen de la Galaxia y la decimoquinta parte de su población. En particular, durante la era de la llamada Búsqueda...

Enciclopedia Galáctica^[1]

La Enciclopedia tiene mucho más que decir sobre el tema del Mulo y su Imperio, pero casi todo ello es ajeno al propósito de este libro y demasiado árido para nuestros fines. En particular, el artículo se refiere en este punto a las condiciones económicas que condujeron a la elevación del Primer Ciudadano de la Unión —título oficial del Mulo— y a las consecuencias derivadas de ello.

Si alguna vez el autor del artículo siente un vago asombro ante la colosal rapidez con que el Mulo se elevó en cinco años desde la nada al logro de un vasto dominio, lo disi-

mula bien. Si queda sorprendido por el cese repentino de la expansión en favor de cinco años de consolidación territorial, oculta el hecho.

Por consiguiente, abandonamos la Enciclopedia y continuamos nuestro propio camino para lograr los fines que nos hemos propuesto, iniciando la historia del Gran Interegno —entre el Primero y el Segundo Imperio Galáctico—, que comienza al final de los cinco años de consolidación.

Políticamente, la Unión de Mundos está tranquila. Económicamente, es próspera. Pocos desearían cambiar la paz del firme gobierno del Mulo por el caos que la había precedido. En los mundos que cinco años antes habían conocido la Fundación podía haber cierta nostalgia, pero nada más. Los dirigentes inútiles de aquella Fundación estaban muertos; los útiles eran los denominados Conversos.

Y entre los Conversos, el más útil era Han Pritcher, ahora teniente general.

En los días de la Fundación, Han Pritcher era capitán y miembro de la ilegal Oposición Democrática. Cuando la Fundación cayó en poder del Mulo, sin oponer resistencia, Pritcher luchó contra el mutante, hasta que también él pasó a ser un Converso.

La Conversión no era la normal; no era la impuesta por el poder de una razón superior. Y Han Pritcher lo sabía muy bien. Había sido transformado porque el Mulo era un ser que poseía poderes mentales capaces de cambiar a su conveniencia las condiciones de los humanos ordinarios. No obstante, esto le satisfacía completamente. Era como debía ser. La misma satisfacción de la Conversión era el principal síntoma de ella, pero Han Pritcher ya no sentía ni siquiera curiosidad por la cuestión.

Y ahora que regresaba de su quinta expedición importante al espacio sin límites de la Galaxia, fuera de la Unión,

el veterano astronauta y agente de Inteligencia reflexionaba, con franco optimismo, sobre su inminente audiencia con el Primer Ciudadano. Su rostro endurecido, como esculpido en una madera oscura y sin poros, que no parecía capaz de sonreír sin resquebrajarse, no lo demostraba; pero las indicaciones exteriores eran innecesarias. El Mulo podía ver las emociones internas del mismo modo que un hombre normal veía los movimientos externos de cualquier individuo que tuviese delante.

Pritcher dejó su coche aéreo en los antiguos hangares del virrey y entró en el área del palacio a pie, como estaba ordenado. Caminó un kilómetro y medio por la gran avenida en forma de flecha, vacía y silenciosa. Pritcher sabía que en todos los kilómetros cuadrados del área del palacio no había un solo guarda, un solo soldado, un solo hombre armado.

El Mulo no necesitaba protección.

El Mulo era su propio protector, el mejor y todopoderoso.

Las pisadas de Pritcher resonaban suavemente en sus oídos mientras se aproximaba al palacio, cuyos muros resplandecientes, hechos de metal increíblemente ligero y fuerte, se elevaban ante él formando las atrevidas y fantásticas arcadas que caracterizaban la arquitectura del Primer Imperio. El palacio se cernía sobre el área vacía desde donde se dominaba la populosa ciudad que cubría el horizonte.

Dentro del palacio había un hombre —un hombre solitario— de cuyos sobrehumanos atributos mentales dependía la nueva aristocracia y la entera estructura de la Unión.

La enorme puerta giró sobre su macizo marco cuando el general se acercó, y Pritcher franqueó el umbral. Se colocó en la ancha rampa móvil que le elevó al nivel superior, y una vez allí entró en el ascensor. Llegado a su punto de destino salió y se encontró ante la pequeña y sencilla puer-

ta del aposento del Mulo, situado en la parte más alta de las torres del palacio.

La puerta se abrió...

Bail Channis era joven. Bail Channis no era un Converso. Es decir, en lenguaje más claro, sus emociones no habían sido manipuladas por el Mulo. Estaban exactamente tal como habían sido formadas por la herencia y las subsiguientes modificaciones de su medio ambiente. Y esto le agradaba.

Aún no había cumplido treinta años y gozaba de una excelente reputación en la capital. Era guapo e inteligente, y por ello tenía éxito en sociedad. Poseía una mente rápida y un completo dominio de sí mismo, y por ello tenía también éxito con el Mulo. Ambos triunfos le llenaban de satisfacción.

Y entonces, por primera vez, el Mulo le había llamado para una audiencia personal.

Avanzó por la larga y reluciente avenida que conducía directamente hacia las torres de aluminio que en su día fueran la residencia del virrey de Kalgan, que gobernó bajo el mandato de antiguos emperadores; las que más tarde sirvieran de mansión a los príncipes independientes de Kalgan, que reinaron en su propio nombre; las que ahora eran el palacio del Primer Ciudadano de la Unión, que dirigía un Imperio propio.

Channis tarareaba suavemente. No dudaba de lo que iba a serle planteado. ¡La Segunda Fundación, naturalmente! Aquella fantasmal organización que llegaba a todas partes y cuya mera consideración había hecho aplazar al Mulo su política de expansión ilimitada para sumirse en una precaución estática. El término oficial era «consolidación».

Ahora corrían rumores..., rumores que no se podían detener. El Mulo iba a empezar de nuevo la ofensiva... El Mulo había descubierto el paradero de la Segunda Fundación, y la atacaría... El Mulo había llegado a un acuerdo con la Segunda Fundación y dividiría la... El Mulo había llegado a

la conclusión de que la Segunda Fundación no existía y se apoderaría de toda la Galaxia...

Es inútil enumerar todos los comentarios que se oían en las antesalas. No era la primera vez que circulaban tales rumores. Pero ahora parecían tener más consistencia, y todas las almas libres y expansivas que amaban la guerra, las aventuras militares y el caos político, y que languidecían en la estabilidad y la monotonía de la paz, estaban eufóricas.

Bail Channis era uno de éstos. No temía a la misteriosa Segunda Fundación. Tampoco temía al Mulo, y alardeaba de ello. Tal vez algunos, que censuraban a alguien tan joven y a la vez tan rico, esperaban ansiosamente el fracaso del alegre galanteador que exhibía su ingenio a costa del aspecto físico del Mulo y de su vida enclaustrada. Nadie se atrevía a reírse con él, pero, al ver que nada le ocurría, su reputación crecía proporcional a su buena suerte.

Channis improvisaba el texto de la melodía que tarareaba. Eran palabras frívolas con el estribillo: «La Segunda Fundación amenaza a la nación y a toda la creación».

Ya estaba en el palacio.

La enorme puerta giró suavemente cuando se acercó, y franqueó el umbral. Se colocó en la ancha rampa móvil que le elevó al nivel superior, y una vez allí entró en el ascensor. Se encontró ante la pequeña y sencilla puerta del aposento del Mulo, situado en la parte más alta de las torres del palacio.

La puerta se abrió...

El hombre que no tenía otro nombre que el Mulo ni ningún otro título que el de Primer Ciudadano miraba a través de la transparencia unilateral de la pared hacia la débil luz exterior y la grandiosa ciudad que se extendía en el horizonte.

En la penumbra del atardecer iban apareciendo las estrellas, y no había ninguna de las que veía que no estuviese

bajo su poder.

Sonrió con pasajera amargura al pensarlo. Debían acatamiento a una persona que muy pocos habían visto.

El Mulo no era un hombre agradable de ver; no se le podía mirar sin escarnio. No más de cincuenta kilos repartidos en un metro y medio de altura. Sus miembros eran palos huesudos y delgados que se disparaban en ángulos faltos de toda gracia. Y su rostro, también delgado, casi desaparecía tras la prominencia de una enorme nariz carnosa que medía siete centímetros.

Solamente sus ojos desentonaban de la farsa general que era el Mulo. Eran suaves —una extraña suavidad en el rostro del más grande conquistador de la Galaxia—, y la tristeza nunca se extinguía totalmente en ellos.

En la ciudad podía encontrarse toda la animación de una lujosa capital en un mundo de lujo. Podía haber establecido su capital en la Fundación, el más fuerte de sus derrotados enemigos, pero se hallaba muy lejos, en el mismo borde de la Galaxia. Kalgan, situado más en el centro, con una larga tradición como lugar de recreo de la aristocracia, le convenía más, estratégicamente hablando.

Pero en su alegría tradicional, incrementada por una prosperidad sin precedentes, no lograba encontrar la paz.

Le temían y le obedecían, y, tal vez, incluso le respetaban... desde una prudente distancia. Pero ¿quién podía mirarle sin desprecio? Sólo aquellos a quienes había convertido. ¿Y qué valor tenía su lealtad artificial? Le faltaba sabor. Podía haber adoptado títulos, exigido un ritual e inventado ceremonias, pero incluso aquello no hubiese cambiado nada. Era mejor —o al menos, no era peor— ser simplemente el Primer Ciudadano... y ocultarse.

Sintió en su interior un repentino impulso de rebelión, fuerte y brutal. No debían negarle ni una sola porción de la Galaxia. Durante cinco años se había mantenido silencioso y escondido en Kalgan por culpa de la eterna y confusa amenaza de la Segunda Fundación, invisible, inasequible,

desconocida. Ahora tenía treinta y dos años. No era viejo..., pero se sentía viejo. Su cuerpo, cualesquiera que fuesen sus poderes mentales de mutante, era físicamente débil.

¡Todas las estrellas! Todas las estrellas que podía ver y todas las que se escapaban a su vista. ¡Todas tenían que ser suyas!

Se vengaría de todos. De una humanidad a la que no pertenecía. De una Galaxia en la que no encajaba.

La luz de aviso parpadeó sobre su cabeza. Podía seguir el avance del hombre que había entrado en el palacio, y, simultáneamente, como si su sentido de mutante se hubiese incrementado y sensibilizado en el solitario crepúsculo, sintió la oleada de contenido emocional tocando las fibras de su cerebro.

Conoció la identidad del recién llegado sin ningún esfuerzo. Era Pritcher. El capitán Pritcher, de la antigua Primera Fundación. El capitán Pritcher, que había sido ignorado y despreciado por los burócratas del derrotado Gobierno. El capitán Pritcher, al que había liberado de su trabajo de espía y elevado de la mediocridad. El capitán Pritcher, al que primero hizo coronel y después general, y al que asignara toda la Galaxia como campo de acción. El ahora general Pritcher, que había pasado de una rebeldía férrea a una completa lealtad. Y, sin embargo, no era leal por los beneficios cosechados, no era leal por gratitud, no era leal para corresponder a su confianza, sino que lo era a través del artificio de la Conversión.

El Mulo era consciente de aquella fuerte e inalterable superficie de lealtad y amor que presidía todos los altibajos de las emociones de Han Pritcher, la superficie que él mismo implantara cinco años atrás. Muy por debajo subsistían los rasgos originales de obstinado individualismo, impaciencia de mando, idealismo..., pero ni siquiera él podía ya detectarlos.

La puerta que había a sus espaldas se abrió, y se volvió para ver al que entraba. La transparencia de la pared se hizo opaca, y la luz crepuscular exterior de color purpúreo dejó paso al ardiente resplandor blanco de la energía atómica.

Han Pritcher ocupó el asiento indicado. No había reverencias, ni genuflexiones, ni el uso de títulos honoríficos en las audiencias privadas con el Mulo. El Mulo era simplemente el Primer Ciudadano. Se le llamaba «señor». La gente podía sentarse en su presencia, e incluso darle la espalda.

Para Han Pritcher todo aquello no era sino prueba del poder seguro y efectivo de aquel hombre, y ello le satisfacía. El Mulo habló:

—Su informe final llegó ayer. No puedo negar que lo encuentro un poco deprimente, Pritcher.

Las cejas del general se fruncieron.

—Ya, me lo imagino, pero no veo a qué otras conclusiones podría haber llegado. Lo cierto es que no existe una Segunda Fundación, señor.

El Mulo reflexionó y luego meneó lentamente la cabeza, como había hecho en muchas ocasiones anteriores:

—Está la evidencia de Ebling Mis. Siempre contamos con la evidencia de Ebling Mis.

No era ninguna novedad. Pritcher respondió:

—Mis podía ser el más grande psicólogo de la Fundación, pero era un niño de pecho comparado con Hari Seldon. Cuando investigaba los trabajos de Seldon se hallaba bajo el estímulo artificial del control cerebral de usted. Tal vez le obligó a ir demasiado lejos. Podría haberse equivocado, señor. *Seguramente* se equivocó.

El Mulo suspiró y su lúgubre rostro se adelantó, torciendo su delgado cuello.

—Ojalá hubiera vivido un minuto más. Estaba a punto de decirme dónde estaba la Segunda Fundación. Lo sabía, se lo aseguro. Yo no hubiera tenido que retirarme. Me hu-